

Algunas reflexiones
sobre la interpretación

Rut Simcovich

Algunas reflexiones sobre la interpretación

La interpretación simultánea como profesión, en su forma actual, tiene su origen en la interpretación de conferencias de organismos internacionales. Durante mucho tiempo, ése era mayoritariamente el universo de la interpretación y fue necesario establecer una serie de reglas y premisas que permitieran operar e incluso negociar con poderosos empleadores como Naciones Unidas y su familia de organismos.

Cuando me inicié como intérprete, a principios de la década del 70, fuera del ámbito de las conferencias de los organismos internacionales pocos eran los que habían estado expuestos a la situación de interpretación. Lo que ahora se ha convertido en toda una industria –los seminarios, conferencias y congresos científicos, empresarios y profesionales– estaba recién en su infancia.

En esas conferencias de organismos internacionales se utilizaba un lenguaje sumamente formal, acorde con las reglas del protocolo diplomático, y se trabajaba con una cabina por idioma activo. Tuve personalmente la experiencia de pasar largas horas sentada en la cabina de español de una conferencia de la OEA, mirando ansiosamente al delegado de los Estados Unidos (único hablante de inglés de la conferencia) a la espera de que decidiera tomar la palabra. Cuando lo hizo, para mi alegría y sobresalto, se limitó a decir algo así como: "Estoy de acuerdo".

El siguiente paso fue el trabajo en "petit equipe": esto significaba tener tres intérpretes en la misma cabina, uno con cada idioma de la reunión como lengua activa y el tercero, con una combinación A-B. Ya que las cabinas no estaban diseñadas para tres intérpretes, he tenido la oportunidad de participar en complicadas gimnasias cada vez que era necesario hacer relevos.

Con el tiempo, en las conferencias en que la carga de trabajo se inclinaba francamente en una dirección (como en el caso que mencioné de OEA), se pasó a utilizar sencillamente dos intérpretes, trabajando "ida y vuelta".

Al popularizarse la organización de todo tipo de eventos es cada vez mayor el número de personas expuestas a la experiencia de ser usuarios u oradores de interpretación simultánea, consecutiva o de "diálogos" y se abre un amplio abanico de contextos y situaciones en los que el intérprete profesional debe desarrollar su actividad.

Subsisten las conferencias de organismos internacionales, se expande la actividad y el uso de intérpretes en la Unión Europea, pero se agregan segmentos nuevos, incluso impensados, a la actividad. Las grandes conferencias profesionales comienzan a estandarizar el idioma de presentación de ponencias: inglés y el idioma local; se multiplican las jornadas donde las listas de oradores se integran con algún invitado extranjero y numerosos expositores nacionales. Aparecen las teleconferencias, irrumpen los medios, se multiplican las compras y fusiones de empresas, dando lugar, por ejemplo, a directorios donde para entenderse de verdad, es necesario contar con intérpretes.

Esta evolución, en lo que podríamos llamar "el mercado" para nuestra profesión, fue acompañada, hasta cierto punto por el desarrollo teórico, en el intento

de establecer un encuadre que permitiera comprender qué es (e igualmente importante, qué no es) la interpretación, y por ende, cómo enseñar a ser intérprete.

Los avances han sido desiguales, y algunos campos todavía se extienden prácticamente inexplorados. Nos hemos preocupado, me parece, más de la relación del intérprete con el discurso o aún más, de los aspectos más claramente lingüísticos del discurso y mucho menos de comprender la relación del intérprete con los actores de la situación de comunicación en la que interviene.

En algún momento jugamos con el ideal del intérprete "transparente", "invisible". Ahora, creo, estamos asumiendo más nítidamente nuestro rol de mediadores de la comunicación.

De algún modo, era natural que inicialmente privilegiáramos los aspectos puramente lingüísticos de nuestra tarea y que prácticamente ignoráramos los muchos otros involucrados ya que significaba simplemente continuar con lo que podríamos llamar la visión "ingenua" de la interpretación y la traducción.

Obviamente, estos desarrollos tienen implicancias importantes en todos los aspectos del ejercicio de la profesión, y por ende, también en la formación de intérpretes. En este trabajo, me limito a señalar sólo algunos con la esperanza de despertar el interés de colegas y académicos o teóricos.

Me refiero, por ejemplo, a la premisa que está implícita en el concepto de "lengua materna". Debería, en realidad, hablarse de "premisas" en plural, porque son varias. La primera es la equiparación entre lengua materna y "competencia de traducción". No es que discuta la necesidad de contar con un amplio conocimiento de las lenguas involucradas. Lo que me preocupa es la confusión que para nuestra propia identidad profesional representa esta equiparación. En todo caso, lo que deberíamos intentar es definir qué implica un nivel efectivo de competencia, no el mero hecho de que una lengua sea la materna y la otra extranjera.

Por otra parte es evidente que definir niveles de competencia requiere categorizar dificultades y para hacerlo, necesitamos entender mejor los posibles ejes en los que pueden plantearse diferentes escalas de dificultades.

Debo señalar, además, que hace tiempo me preocupa el tema de la formación de intérpretes. Habiendo tenido que descubrir qué hacía al interpretar –y cómo lo hacía– de la manera más difícil, a través de mi propia práctica, la observación y el aporte de los teóricos según llegaba a mis manos, sin nadie que guiara mis pasos, uno de mis objetivos es hacerle la vida más fácil a los que quieren incorporarse y desarrollarse en la profesión.

Como coordinadora de un equipo de intérpretes, debo evaluar el grado de dificultad que presenta cada trabajo y la aptitud del intérprete para enfrentarlo. En mi experiencia, pocas cosas son más difíciles que categorizar las dificultades que puede presentarle a otro hacer algo que para nosotros ya ha adquirido la categoría de internalizado. Los parámetros habituales de terminología técnica, velocidad, número de oradores, etc. no parecen dar cuenta del grado de dificultad con el que visiblemente luchan los intérpretes en determinadas circunstancias.

En éste sentido, me parecen importantes las contribuciones de autores como Bistra Alexieva, que propone establecer una tipología de eventos mediados por

intérpretes, teniendo en cuenta dos parámetros como ejes generales: el uso o no de equipos auxiliares, y los diferentes elementos de la situación de comunicación.

El énfasis en lo puramente lingüístico confunde y desvaloriza las muchas otras capacidades que el intérprete profesional debe tener: la de comprender temas diversos, la amplitud de sus conocimientos y cultura, la empatía, el análisis lógico, la posibilidad de expresar y comunicar con adecuadas dotes histriónicas y manejo de la voz, para nombrar solamente algunas.

Ya he explicado que el universo de la interpretación se ha expandido, abarcando ahora segmentos muy diferentes de los originales. Esto significa, entre otras cosas, que no pasamos nuestro tiempo interpretando a pulidos diplomáticos o catedráticos de nota. Ni siquiera, en muchos casos, a lo que podría considerarse la "crema" de los oradores: gente experimentada, ducha en hablar en público.

Más bien, nos cabe ahora lidiar con técnicos, gerentes, funcionarios y políticos de todos los niveles. Toda gente muy competente en lo suyo (no es normal que se contrate un intérprete para alguien a quien no interesa escuchar), pero no necesariamente hábil en el enunciado y comunicación de sus ideas.

Grice sugiere que para que sea posible la comunicación entre el orador y el público deben observarse lo que llama principios de cooperación general. Bajo la categoría de cantidad, enuncia la siguiente máxima: 1) Se debe ser tan informativo como sea necesario (para el propósito planteado); 2) No se debe ser *más* informativo de lo necesario.

El cumplimiento de estas máximas requiere que –consciente o inconscientemente– el orador realice "un cálculo". ¿Qué pasa cuando su cálculo está errado, porque no incluye o no se aplica a determinada porción de su auditorio, verbigracia, los que escuchan la interpretación? Normalmente, el intérprete debe "perfeccionarlo". Es parte de la tarea del intérprete realizar nuevamente el cálculo y cumplir, en la medida de lo posible, con las máximas de Grice, para lograr la comunicación. Vamos a un ejemplo sencillo: un americano mencionará, siguiendo la usanza de su país, que algo sucede en 'París, Francia', aclaración que sonaría totalmente innecesaria para un público argentino. A la inversa, 'La Plata' puede requerir transformarse en 'a city some 50 miles away from Buenos Aires' o 'the capital of the Province of Buenos Aires', según el caso.

Veamos un caso un poco más complejo de diferencia de "cálculo", tomado de mi propia experiencia. El escenario es la inauguración de las Olimpiadas Matemáticas Internacionales, el lugar un teatro de Mar del Plata y los actores unos 300 adolescentes de variadas procedencias (los genios de las matemáticas), además de la ministra de Educación, Susana Decibe, los coordinadores de las Olimpiadas y una variada colección de "notables". Mi función: interpretar al inglés en consecutiva, el discurso de apertura de Susana Decibe.

La ceremonia se inicia con un locutor que presenta, con nombre, apellido, cargo y organismo, a la veintena de personas presentes que ocupan algún cargo nacional, provincial o municipal, indicando además los organismos a los que pertenecen y aquellos a los que representan. Acto seguido, el locutor, esta vez en inglés, vuelve a leer la lista completa, pero, tal como se había acordado la noche

anterior, de manera algo más sucinta. Presentada la ministra, nos dirigimos ambas al podio, donde compartiríamos un micrófono. La gente de ceremonial, presurosa, le arrebató la lista de "personalidades" al locutor y la pone en manos de la ministra para que la lea nuevamente. Al terminar, hace una pausa para que yo pueda interpretarla y me ofrece, amablemente, la misma lista. Con un gesto le agradezco y digo: "Distinguished foreign ambassadors, national, provincial and municipal officials, dear students and friends." Al girar hacia la ministra señalándole que puede continuar, el teatro aliviado, rompe en una ovación.

Creo que este ejemplo nos lleva a otra situación que se ha hecho común encontrar en la práctica profesional local: un orador argentino se dirige a un público mayoritariamente argentino, que incluye también unos pocos extranjeros. Si el escenario es el de una conferencia con elementos "políticos", porque participan en ella políticos, funcionarios gubernamentales o aspirantes a serlo, bien podría ocurrir que en forma deliberada o por simple omisión, los extranjeros no entren para nada (o muy poco) en el cálculo del orador. En otras palabras, hablará "para la tribuna". Este tipo de orador requiere un gran esfuerzo del intérprete y este gran esfuerzo posiblemente esté más relacionado con la distancia entre el cálculo del orador y el cálculo del intérprete que con otros factores. En este contexto, y ocurre frecuentemente, pueden sumarse otros elementos de dificultad como la falta de coherencia o ilación, falta de concordancia entre género y número, sujeto y predicado. También, el uso de "frases hechas" que carecen de todo significado salvo transmitir la "sensibilidad" del orador hacia los temas que preocupan a la sociedad, o simplemente, que están de moda. Ejemplo: un orador que hablando de la reforma educativa, termina diciendo: "y todo esto con el debido respeto por el medio ambiente".

¿De qué manera integramos este tipo de consideraciones? Las categorías con las que se ha manejado tradicionalmente la profesión (lengua materna, lenguas A, B, C, simultánea, consecutiva, etc.) logran abarcarlas? ¿Nuestra manera de definir condiciones de trabajo y remuneración las consideran? ¿Qué imagen de nuestra profesión estamos transmitiendo con ellas?

Cuál es la importancia de todo esto? Creo que un análisis más ajustado de las competencias que requiere la interpretación, una reevaluación de las herramientas lingüísticas entendidas como herramientas y no como objetivo, y un análisis más fino y categorizado de los factores de dificultad pueden, entre otras cosas, llevarnos a modificar la visión que nosotros mismos tenemos de la profesión y por ende, la imagen que transmitimos a nuestros clientes, usuarios y a la comunidad en general.

Necesariamente esto tiene también implicancias para la formación de los intérpretes, en relación con la cantidad de horas de estudio que se asignan a la adquisición de diferentes competencias o habilidades, además, obviamente, del abanico de lo que consideramos las habilidades imprescindibles.

Sin olvidar que posiblemente debamos replantearnos la manera de cobrar por nuestros servicios (lo que, en mi opinión, bien podría hacerse extensivo a la traducción).

Nota

He utilizado la clasificación lingüística de AIIC (Asociación Internacional de Intérpretes de Conferencia):

Lenguas activas:

A: la lengua materna del intérprete (u otra lengua rigurosamente equivalente a una lengua materna) hacia la cual trabaja a partir de todas las otras lenguas, en los dos modos de interpretación: simultánea y consecutiva.

B: lengua que, sin ser una lengua materna, permite al intérprete hacerse comprender perfectamente y hacia la cual trabaja a partir de una o más de sus otras lenguas. Algunos intérpretes sólo trabajan hacia esta lengua en uno de los dos modos de interpretación.

Lenguas pasivas:

C: lengua de la que el intérprete tiene una comprensión total y a partir de la cual trabaja.

Bibliografía

- ALEXIEVA, B. "A Typology of Interpreter-Mediated Events", *The Translator*, 1997, Vol 3, No. 2, p. 153.
- GRICE, H. P., "Logic and Conversation", en *Cole and Morgan*, 1975.